

¡ENVIDIO!

Por VICTOR AUZ CASTRO

MUS...
—Mus...
—Mus...
—Mus...

Enrique tiró las cartas sobre la mesa con un resoplido de fastidio. ¡Así no hay quien juegue!, se dijo para sus adentros. No ligaba nada: las del tío Perete, cuatro, cinco, seis y siete; y así una vez tras otra. Además, malditas las ganas que tenía de jugar. Hubiera preferido pasarse enfrente, al «Parrilla». Allí estarían bailando ahora todos sus amigos, seguramente estaría Carmencita...

—¿Cuántas cartas quieres?

Un poco sorprendido, miró hacia sus manos, las tenía vacías.

—Cuatro —dijo, dispuesto a concentrarse en aquella partida que había comenzado contra su gusto. Recogió las cartas: un rey, un siete, un cuatro, un seis... Ni juego, ni pares, ni la madre... Y todo por haber entrado a tomar un chato allí, porque el vino era mejor y más barato. Claro que en el otro lado se bailaba. Notó que los demás le miraban.

—Mus...

—Mus...

—Mus...

—Habla.

¡Que se esperaran, ellos habían tenido la culpa por haberlo obligado a jugar! No tenía ninguna gana, prefería haberse ido al «Parrilla» a bailar; además, seguramente estaría Carmencita. Pero no había tenido más remedio: eran compañeros de trabajo y eran capaces de matarlo si los dejaba sin jugar la partida, como todos los sábados.

—Paso.

—Paso.

—Envidio.

—Se ven.

—Paso.

—Esa la envidio yo—. Enrique se cabreó más todavía. Se iban a llevar hasta la chica...

—Ni media —dijo, mientras miraba hacia la barra. Si al menos el despistado de Angel trajera el vino.

—No hice pares.

—Sí. Sí. Sí. Todos menos él. Se desentendió de la partida por unos segundos mientras los otros hablaban. Le fastidiaba jugar con aquellos viejos. Los tres eran mayores que él y se creían con derecho a darle lecciones. No eran más que unos desgraciados que se habían tirado toda la vida en la obra... En cambio él...

—¿Que si llevas juego o no? ¿Quieres atender?

—No, no llevo juego.

Tiró las cartas sobre el montón que

había a su izquierda. Se volvió hacia la barra. Irene, la hija de Angel, despachaba allí a todos aquellos desarrapados que hablaban de fútbol delante del chato de vino. No estaba mal la chica. Muchos pasaban horas en la barra de la tasca sólo para charlar un rato con ella. Pero que él supiera, no había salido con nadie del barrio. Era maestra y le parecían poco todos aquellos obreros. Pensó que él era el único que podía salir con ella. El era distinto... Volvió a atender a la partida. Estaban tanteando.

—Dos de grande, dos de envite a pares, cuatro; dos de medias, seis y pares de mi compañero, siete.

—Tres de treinta y una. Y a ver si atiendes —le dijo Alvaro, su compañero—, se han pasado señas de medias y tú en la luna. Nos han quitado la mano y nos llevan cuatro.

—Tú las das. Angel, traenos otra botellita.

Recogió las cartas lentamente y comenzó a barajarlas. Miró a Alvaro, que se sentaba frente a él. ¿Cuántos años tendría? Parecía muy viejo; era mayor que los otros dos, pero es posible que no tuviera ni los cincuenta, su hijo no había ido aún a la «emilia». Tenía fama de ju-

gador de mus y de dominó. Pero no podía evitar mirarle con desprecio. A su edad seguía levantándose todos los días a las seis para estar a la hora en el tajo. Se pasaba la vida buscando chapuzas como un desesperado. Le daba rabia, era un gusano. Era capaz de trabajar doce o quince horas, las que hiciera falta, con tal de ganar unos duros más. Lo que tiene que hacer uno que sea inteligente y tenga lo que hay que tener, es salirse de la obra y trabajar sólo las ocho horitas. Total, ¿de qué le servía a Alvaro trabajar como una mula, comer frío todos los días, llegar a casa por la noche? Sólo para jugar una partida de mus los sábados por la noche.

Puso las cartas a cortar y comenzó a darlas una a una. El no era habitual de aquellas partidas, pero recordaba que Alvaro había faltado a ellas durante una temporada, el año anterior. Cuando la crisis, Alvaro había quedado parado, como otros muchos más. Llevaba catorce años trabajando para la misma empresa, pero lo habían puesto en la calle sin más trámites. Fueron unos tiempos difíciles para todos, pero sobre todo para Alvaro, que era el que tenía más hijos y fue el primero que pusieron en la calle. ¡A él se lo iban a hacer!

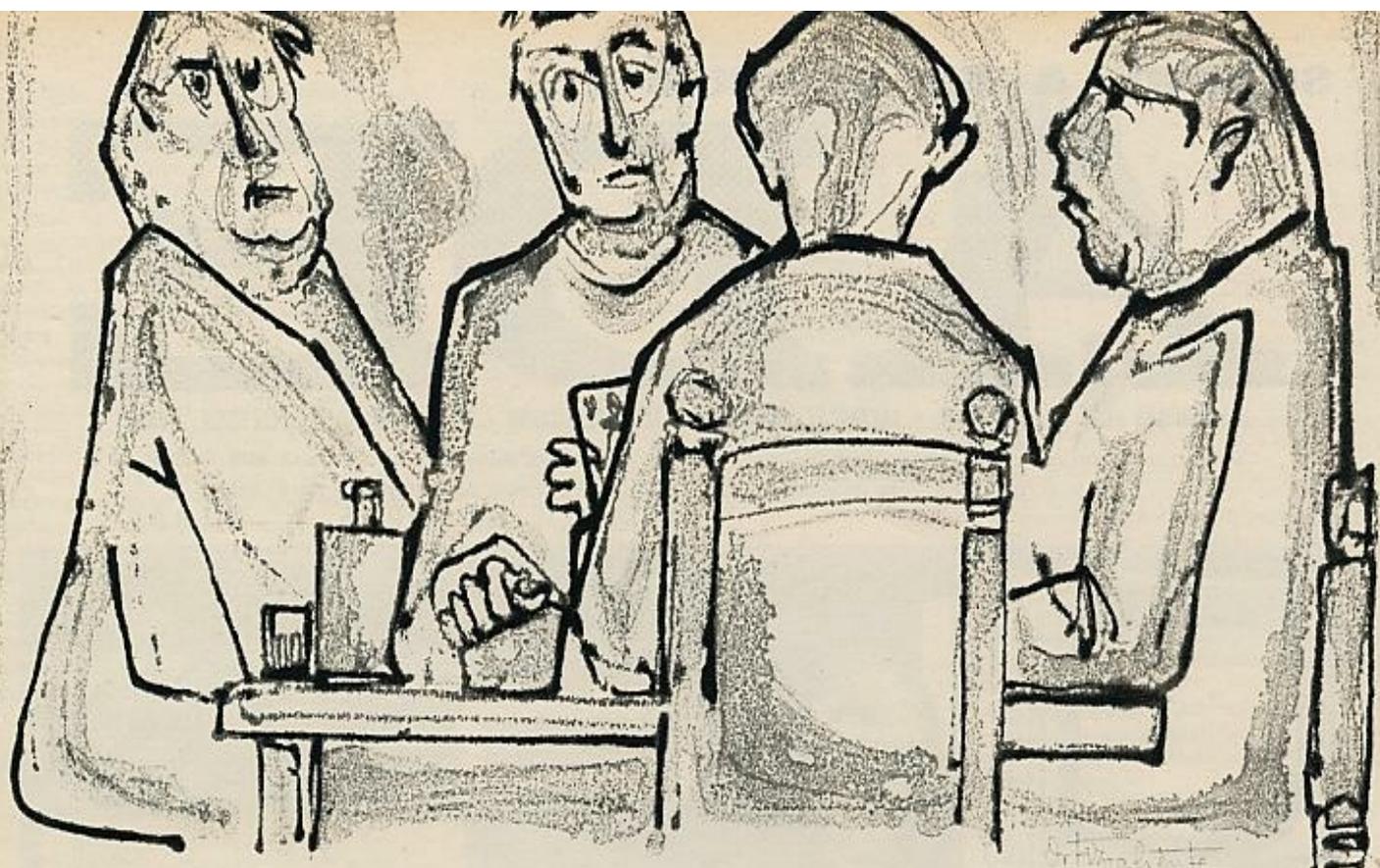
Mus. Mus. Mus, habían dicho sus tres compañeros de juego. Sin una palabra, dejó caer dos cartas en el montón formado por las de los otros. Podía haberlo cortado. Dos reyes, so.a. cuatro;

no era real juego habiéndose dado mus los demás. Pero no se atrevió, casi nunca se atrevió a nada cuando llegaba la hora de la verdad. Siempre pensaba que lo iba a hacer, pero cuando llegaba el momento decidía que no había que precipitarse. ¡Lo seguro es lo seguro! Era joven y tenía mucho tiempo por delante.

—Ya sabes —le decía Alvaro—, la mano se corta con un pimiento.

—Sí, sí —contestó, pensando que si su compañero le hubiera visto las cartas le hubiera regañado. No había que preocuparse, él era un hombre de suerte y ahora ligaría bien. Comenzó a dar las cartas que le iban pidiendo, por su derecha. Aquella noche había tenido que jugar contra su voluntad. Faltaba José, que se había accidentado el día anterior. Los otros le habían pedido que ocupara su sitio y no había sabido decir que no. ¡Con lo bien que podría estar bailando en el «Parrilla»! También a José, ¿quién se le ocurriría accidentarse? Se había caído de un andamio y tenía fracturas en todo el cuerpo. Cuando llegó a la tasca, los otros hablaban de él. Habían ido a verle al salir del trabajo. El no, ¿para qué? Esas cosas siempre son molestas. Además, en aquel caso prefería quitarse de en medio. José no estaba en plantilla, lo habían contratado sólo para aquella obra, la empresa no quería saber nada y los compañeros hablaban de ayudar a su mujer a que sacara adelante a sus dos niños mientras José no pudiera





trabajar. Esas cosas le molestaban. El se las arreglaría solo, pues que los demás hicieran lo mismo. Miró sus cartas. Le habían entrado un seis y un cuatro. ¡Así no había manera! Miró a su compañero, le pasaba seña de treinta y una. Debería cortarlo. Pero quería jugar él. Dio mus y tiró las dos cartas que le sobraban. Dio explicaciones a su compañero, que no las aceptó de buen grado. Sirvió una carta al de su derecha y dos a los restantes. La cosa estaba igualada. Se habían acabado las cartas del montón. Estaban todos los reyes fuera. Todo era ver quién había ligado más. Miró sus cartas. Le había vuelto a entrar el mismo juego de antes: una sota y un cuatro. ¡Maldita sea! El mano empezó a hablar. Enrique quiso un envite a la grande con poca fe: por aquello de que de una a dos... y dejó parar la chica. Se achantaron a los pares, tanto su compañero como él, y aquel quiso dos al juego mientras enseñaba sus treinta y una, exactamente igual a las del mano. Tanteaban los contrarios:

—Dos de envite a grande y chica en paro, tres; pares y pares, cinco; dos de envite a juego, siete y tres de treinta y una, diez; más dos de juego de mi compañero, doce. Qué con tres de aquí hacen quince.

—A ver si espabilas y estás atento al compañero, que están en veinte y nosotros en cuatro.

—No se apuntan ya ni la chica —contestó Enrique plenamente convencido, y le alargó las cartas a Miguel, que, sentado a su derecha, las fue recogiendo para tarajalarlas.

Buen tipo Miguel; era el que mejor le

caía. Al salir del trabajo, en lugar de hacer chapuzas para los demás, se había levantado, ladrillo a ladrillo, su casa y se había traído del pueblo a todos sus hermanos, que ahora dormían juntos en una de las dos habitaciones de la casa. Mientras iba recogiendo las cartas que caían una a una delante de él, pensaba en la hermana de Miguel. Era la más pequeña de los cuatro hermanos. ¡Sólo dieciséis años y hay que ver cómo estaba! Desde luego bastante mejor que la mujer de Miguel, claro que ésta ya había parido tres veces. De todas maneras Carmencita estaba mejor. Siguiendo las indicaciones de su compañero, se dio mus y se descartó de tres cartas, quedándose con un rey.

Volvió a pensar en Carmencita y se dijo que lo mejor que podía hacer era dejar la obra y ponerse a ganar dinero en condiciones para casarse con ella. Claro que Carmencita estaba bien para bailar un rato con ella y luego acompañarla a casa... Pero casarse era harina de otro costal. Tal vez teniendo todo el dinero que iba a tener en cuanto dejara la obra sería mejor seguir soltero por una temporada y dedicarse a pasarlo bien con todos. Cuando uno tiene dinero, todas se ponen fáciles y cariñosas. Estaba seguro de que Irene, la maestra, la hija de Angel el tabernero, también caldría con él en cuanto lo viera aparecer con su traje nuevo y le dijera que la llevaría a una de esas salas de fiestas del centro a las que sólo van los señoritos.

Cogió las cartas. Su compañero llevaba treinta y una y una y él tenía juego. Pensó que no tendría más remedio que cortar el mus, pero mientras lo pensaba, Juan, el

de su izquierda, envió a la grande. Alvaro le metió órdago y Juan se echó para atrás. Se apuntaron dos tantos y pasaron todos a la chica. Envío a los pares y Miguel quiso el envite.

—Haberle metido más —le reconvinó su compañero a Enrique, mientras éste, con un percoso levantar de hombros, dejaba ver lo poco que le interesaba la partida.

—Venga, sí.

—Sí.

—Hice.

—Y yo.

Las cuatro réplicas se sucedieron rápidas, casi tan rápidas como las que siguieron.

—Paso.

—Paso.

—Envío.

—De eso nada.

Enrique tiró las cartas sobre la mesa. Se tanteaban. Habían sacado unas cuantas.

—Tres de treinta y una y dos de juego, cinco. —Eran menos de las que pensaba. El desgraciado de Juan había cogido duples. Eso sí que era suerte.

—Chica en paso y dos de envite a pares, tres, y tres de duples, seis, y pares de mi compañero, siete. Métete; estamos a falta de tres. ¿Cuántas tenéis vosotros? Su compañero, mientras recogía las cartas, contestó:

—Once.

—Estáis chupitos —dijo, orgulloso, el desgraciado de Juan. Aqué! sí que era un desgraciado. Era el que menos cobraba de los que estaban allí. Tenía la tira de hijos pequeños, que nunca serían nada, igual que su padre. Su mujer se pasaba el día fregando los suelos de las

casas de los demás. Estaba hecha una vieja y no llegaba a los treinta años. Había envejecido media vida en cuestión de un par de años. Ahora, el hijo mayor, de diez años, había entrado en una tienda a llevar los paquetes por las propinas. Así nunca llegaría a nada. En ese mundo hay que ser un tío listo y estar instruido, y si el chaval no iba a la escuela...

Cogió las cartas. No eran malas: dos reyes, caballo y pito. Ya era hora de que ligara algo. No cabía duda de que era un tío con suerte. Por eso estaba tan seguro de que muy pronto dejaría aquella vida miserable del andamio. Ya era hora. Estaba cerca de los treinta y nunca había tenido dos reales en el bolsillo. Pero ahora tenía una treinta y una que no se la salía un gitano. Juan se adelantó a sus intenciones y cortó el mus.

—Paso —dijo el desgraciado de Juan.

—Paso —repitió Enrique.

—Envío —añadió Miguel.

—¡Órdago! —terminó Enrique, sin escuchar lo que empezaba a decirle su compañero. Juan, sin una palabra, tiró tres reyes sobre la mesa. Enrique, de mala gana, se levantó y se acercó a la barra para pagar las consumiciones. Sobre la barra, Angel había puesto un cartel nuevo. ¡Lástima no saber leer para enterarse de lo que decía! Sin despedirse apenas, salió a la calle para encaminarse a bailar al «Parrillas». Al pasar por la mesa que había al lado de la puerta le llegaron unas voces que decían:

—Mus...

—Mus...

—Mus...

—Mus.

(Ilustraciones de ORTIZ VALIENTE)